

... Detrás de esas gafas oscuras

Pepe Ordóñez García
Universidad de Sevilla

DOI:

https://dx.doi.org/10.12795/fragmentos_filosofia.2025.23.15

En memoria de Charo, compañera y amiga

Los pasillos de la calle Gonzalo de Bilbao, donde allá por los setenta estaba la Facultad, no eran demasiado largos ni tenían recovecos tortuosos tales como los de la antigua fábrica de tabaco. Eran pasillos, corredores más bien; no por las prisas, pero con una personalidad peculiar, algo lúgubres y poco dados a hacer corrillos o fugaces encuentros en torno a variopintos asuntos (para estos menesteres estaba el Bar Lobo). Andar por ellos en busca de un aula o un despacho determinado te hacía experimentar la premonición de un oscuro futuro para esto de la filosofía. Tanta humedad y umbría no podía ser bueno para la salud y mucho menos para la adquisición del pensamiento recto. Había pocos bancos en esos pasillos y Paqui, la limpiadora montaraz, no dudaba en darte un golpetazo con la fregona si, sentado en uno de ellos, no levantabas los pies para seguir con su tarea. Sin embargo, esos pasillos se llenaban de vida cuando la Liga Comunista, la ORT, la Joven Guardia Roja, el PC, el PT la CNT... (siempre eché de menos al Socorro Rojo, dado nuestro escaso nivel pecuniario) montaban sus mesas de información y propaganda animando, así, el cotidiano absentismo de los pasillos. No menos jolgorio se liaba cuando cada año aparecía en las paredes del pasillo de entrada a las aulas las pancartas con la concesión anual de currutacas al profesorado de filosofía ¿quién iba a imaginar que aquel evento desternillante se convertiría con el tiempo en lo que hoy se conoce, rimbombantemente, como “Encuestas de opinión del alumnado”.

Charo, que fue mi compañera de Departamento desde 1997 hasta su jubilación y, sobre todo, amiga, transitaba por esos pasillos de entonces. En esos años de 1978 a 1986, que dejé la Facultad, no tuve la oportunidad ni la ocasión de tenerla como profesora, simplemente la veía por los pasillos y me limitaba a mirarla con cierta curiosidad: aspecto juvenil y con unas gafas oscuras. Cada vez que la veía me preguntaba cómo podía desenvolverse por aquellos pasillos con esas gafas, de qué extraña luz y de qué fuente le ponían a salvo. Reconozco que al verla pasar delante de mí me insuflaba la sensación de lo inquietante, tal como lo explica Freud en su comentario al cuento de E.T.A. Hoffmann *El hombre de arena*. Desde luego no era para protegerse de la luz del sol; siempre las llevaba puestas estuviese donde estuviese. Yo me preguntaba –típica compulsión filosófica, infantil, aunque recurrente– a santo de qué ese portal hacia el misterio. ¿Unas gafas foucaultianas para ver la realidad oculta de los entresijos ideológicos? Ciertamente gafas sospechosas. Sin embargo, lo invisible se me antojaba detrás de esos cristales oscuros. Charo vista, es un decir, metafísicamente, allende lo ignoto de unos ojos escondidos, cuya mirada no podía ser vista. Lo visible y lo invisible a juego con una actitud y un modo de transitar la filosofía desde otro lado. Charo con gafas era la real para mí, aquella cuya sonrisa me hacía adivinar unos ojos llenos de vida, de curiosidad, pero también de intimidad, de cuidado por lo más propio. Así, lo invisible, que lo es por ser tal, me llamaba la atención y, de alguna manera, me interpelaba. En lo visible Charo me era familiar, cercana, amiga, pero en lo invisible Rosario era para mí un enigma; no tenía gafas ni andaba por la Facultad. Nunca supe por dónde andaría Rosario allá por lo invisible, ni si ahí ponía a resguardo sus emociones. Se dice que el rostro es el espejo del alma, pero ese espejo necesita de la mirada, de la profundidad anímica. En lo visible nos movemos en la certidumbre o eso creemos y confiamos.

La realidad de Charo, esa realidad que digo y conocí, estaba tamizada por sus gafas oscuras. La realidad con la que trataba yo y con la que trataba ella no eran exactamente la misma. La suya era filtrada, tenía un matiz distinto a la mía. Para ella lo visible tenía otro tono y ese tono debía dar un carácter singular a su relación con nosotros y con las cosas; me hubiese gustado

saber cómo me vería a mí, qué descripción haría. El color tiene su protagonismo en nuestra relación con el mundo y en nuestro estado anímico. Nunca sabré cómo nos vería, conocería Charo, porque nunca le pregunté. Sin embargo, hay una cosa que es común en todas las gafas de color y es la intensidad de la luz. Así, que lo cierto es que lo que veía Charo era de una luz atenuada, como de hecho era su trato diario con nosotros en el Departamento y creo que hacía bien: era una buena estrategia anímica para rebajar el exceso de testosterona en los consejos de departamento. En ese ambiente no le quedó más remedio que convertirse en una pionera del feminismo incipiente, un feminismo animado por Foucault que le vino al pelo para defender su sitio legítimo. Sabemos que una luz intensa dificulta la visión del otro lo mismo que otra más tenue. ¿Es que Charo había encontrado en el tono de sus gafas la intensidad conveniente para su justa medida del otro? ¿para esa diferencia constitutiva y constituyente? En este embate Charo contaba con un instrumento de precisión: lo dado no se le daba de forma inmediata, sino mediatamente. ¿Mirada tramposa? ¿al margen de la cosa misma? Claro que no. No creo que haya alguien capaz de ver las cosas mismas, porque las cosas no tienen mismidad, solo constelaciones respecto a la luz.

Habrà quien piense que esas gafas era un rasgo de coquetería. Es una posibilidad, pero Rosario me era del todo desconocida. La medida de esas gafas me hacía sospechar que detrás de Charo tenía que haber una gran mujer.